

Reflexiones en torno al Espíritu de Pobreza

Ludovico Videla¹

1. Agradecimiento

Antes de avanzar en este breve texto, deseo agradecer a los editores de una verdadera joya filosófica, que es el curso dictado los días 3,4 y 5 de octubre de 1973, en el Instituto de Cultura Religiosa Superior y editado bajo el título de *El espíritu de Pobreza a la luz del Pensamiento Contemporáneo*.

Marisa Mosto, Guadalupe Ojea Quintana y Alberto Berro merecen mi reconocimiento por su desinteresada labor.

Enrique Cassagne, que me ha regalado verdaderas «pepitas de oro» intelectuales y que con Roberto Helguera han promovido la publicación y facilitado sus notas, reciban también mi reconocimiento.

Mi contribución, es sólo una reflexión a partir de este curso de Komar y alguna cosa más. Mi objetivo es estimular la lectura del texto y reflexionar sobre la necesidad de recuperar un auténtico espíritu de pobreza.

En primer lugar, describo como se ha desarrollado una concepción que ve en la economía la herramienta para lograr la felicidad de la gente. Esto es así porque se asocia la felicidad con el consumo y la acumulación de bienes. Pero para Komar esta visión favorece la avaricia y no resuelve el problema de la felicidad. La solución está en el espíritu de pobreza que es precisamente lo opuesto a la avaricia y se funda en el desprendimiento y en el crecimiento personal y espiritual que transforma a la sociedad.

¹ Licenciado y Doctor en Economía de la UCA. Comenzó a participar en los cursos de Cultura Hispánica de Komar en 1969. Dice Ludovico: “Con Komar descubrí una filosofía distinta, vital y cercana. Yo había estudiado en la UCA filosofía y en el Colegio Inmaculada en Santa Fe con los jesuitas. Pero lo de Komar era distinto, iluminaba el momento cultural que nos desafiaba. Era la época de la violencia en la Argentina y de profundos cambios en la Iglesia. Sus referencias culturales fueron fundamentales para mí. Una vez que lo conocí y gusté su sabiduría no lo abandoné nunca más.”

2.-Introducción

Hace unos años edité, con la ayuda inapreciable de Carlos Moyano Llerena, una revista de economía en la Universidad Católica Argentina. Se publicaba tres veces por año y desarrollaba un tema central tratado por distintos artículos. Inicialmente, la revista tenía un Consejo Asesor de empresarios y académicos, dicho Consejo discutía cuestiones de actualidad y daba un marco a los temas que trataba la revista. Esas discusiones luego se editaban y publicaban.

Los temas elegidos no eran de técnica económica, se referían a cuestiones más amplias que en general estaban consideradas como supuestos de los modelos y análisis económicos. Tal vez por la depresiva realidad nacional-estábamos al final del fracasado proceso de reorganización nacional y a pocos meses de la derrota de Malvinas- lo que despertaba más interés era la problemática internacional con una mirada ético religiosa. Quizás por ello la revista se bautizó: “Valores”.

Para el primer número el Consejo me pidió profundizar el tema del crecimiento o progreso indefinido, muy vinculado con la propuesta o garantías de felicidad que ofrecían varias de las constituciones modernas y, que se esperaba que el Estado Argentino garantizara desde «la cuna hasta la tumba» como proponía la social democracia inglesa. Según comprobé en un reportaje de la televisión, nuestro actual presidente, electo hace muy poco, definió su tarea como la de procurar «la felicidad» a los ciudadanos. Han pasado 33 años, pero la cuestión sigue actual y vigente como entonces.

¿Qué es esta felicidad que se ofrece? ¿La felicidad resultará del crecimiento del consumo y la producción de manera indefinida? Sin duda cada persona tiene una idea diferente de la felicidad, que es en ese sentido subjetiva, pero también está muy asociada al bienestar material según expresan las encuestas. Superado un umbral material elevado, una mayor cantidad de bienes no son percibidos como un aumento proporcional de la felicidad. Estos conceptos, son el resumen de investigaciones de Robert Putman profesor de Harvard, que percibe una decadencia en Estados Unidos por la creciente debilidad de los vínculos personales, afectados por el

individualismo, cuestión que demuestra cierta perplejidad de los economistas frente a este tema y que en aquella época no se percibía.²

Para la discusión de la cuestión del crecimiento indefinido, como la llamábamos entonces, que tenía innegables ribetes filosóficos, invité especialmente al profesor Emilio Komar que enseñaba en la Facultad de Filosofía de la UCA, y que después de una amable, pero nada sencilla negociación, aceptó escribir sus ideas que se plasmaron en un artículo en el primer número y que se llamó, “El progreso ilimitado y su posible filosofía”.³

En el Consejo de la Revista participaban por la Universidad Católica Argentina, Francisco Valsecchi, Carlos Moyano Llerena, otro profesor de economía y yo. Los demás eran empresarios o amigos personales de Moyano Llerena, a quien valoraban por la agudeza de sus planteos. Recuerdo a Rafael Olarra Jiménez, Eduardo Roca, Francisco Ramos Mejía, Carlos Dietl, Ricardo Grüneisen, Javier Gamboa y Roberto Alemann.

La discusión fue interesante y amistosa con excepción de una extemporánea, desubicada y yo diría mal educada reacción del profesor de economía, contra Komar. Mi reflexión hoy sobre este suceso confirma lo riesgoso de filosofar y tratar de *alcanzar las últimas claridades*, porque esto molesta a muchos. La verdad, en muchos casos incomoda y perturba.

El profesor Komar demolió los argumentos convencionales de la escuela neoclásica, que están en la base de lo que se enseñaba y se enseña todavía hoy, en las Facultades de Economía. El tema es que el origen inglés de la ciencia económica moderna, formada dentro del marco de la filosofía sensista inglesa, la ha condicionado a un horizonte recortado que nunca busca la hondura. Esto la obliga al epistemologismo, que es ver lo científico como la aplicación de un método riguroso o un sistema de métodos coherentes. Por ello, la realidad que no se somete al método, se la elimina, no se estudia. La economía corre el riesgo entonces, de ser solo una ideología o una retórica.

Komar concluía que “por ello se ha dicho que la ciencia económica salida del sensismo inglés es más una eudaimonología (ciencia de la felicidad) del

² Cfr. Putnam, R. (2002) *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Tarrow. Komar, Emilio, “El progreso ilimitado y su posible filosofía”, *Revista Valores*, n°1, III 1983, Buenos Aires, pp.39-43.

³ Komar, Emilio, “El progreso ilimitado y su posible filosofía”, *Revista Valores*, n°1, III 1983, Buenos Aires, pp.39-43.

mencionado sistema filosófico que una genuina ciencia de la realidad económica”.

La fórmula que nos ofrece Komar, “la eudaimonología del sensismo inglés” nos abre un panorama histórico y epistemológico muy importante. Por una parte, debemos entender que quiere decir la ciencia de la felicidad, y qué papel juega en la economía, que para los griegos era la *oikonomía*.

3.- *Oikonomía y eudaimonología*

Oikonomía era el título que los antiguos griegos daban a la administración del hogar. Esta palabra se conforma por el *oikos* que usualmente se traduce en «hogar» y *nemein* que en su acepción más común es «administración o dispensación».

En realidad, la interpretación griega de *oikonomía* fue cambiando en el tiempo, pasando de una perspectiva de administración familiar, a la de la ciudad estado o *polis*.

La concepción moderna guarda relación con esta última versión, si bien establece una diferencia fundamental con la interpretación de los antiguos.

Para las dos visiones la economía es el estudio de la relación entre fines y medios que tienen un uso alternativo. Pero, si bien es cierto, que las dos visiones coinciden en un uso cuidadoso y eficiente de los medios, diríamos racional, la economía actual es relativista en los fines, todos son de igual valor porque en realidad el valor se lo pone el sujeto, mientras que para los griegos una acción sólo podía considerarse racional, si se destinaba a lograr un fin virtuoso.

En efecto, para los griegos la vida humana se desarrolla en un mundo de abundancia natural, que es generoso y suficiente para una subsistencia digna de todas las personas. El propósito fundamental de la vida es avanzar hacia la «vida buena» que supone el ejercicio de las virtudes en forma plena, y que por supuesto incluyen la moderación en el consumo y la acumulación de bienes.

Para Aristóteles toda acción, todo conocimiento y toda elección tienden hacia un bien. La felicidad es el bien mayor posible, el bien al que no debemos

agregarle nada, que es algo perfecto y suficiente y que es el fin último de todos los actos humanos.

En su época algunos defendían la búsqueda del placer como el camino hacia la felicidad. Aristóteles con cierto desprecio dice que “la masa y los más groseros identifican – al bien y la felicidad- con el placer y por eso aman la vida voluptuosa”.⁴ Pero la función propia del hombre es la actividad del alma según la razón. Por ello debe actuar y vivir según la razón.

El ejercicio de la «vida buena» traerá como resultado necesario la felicidad. Una felicidad que no se procura directamente, sino que se nos otorga gratuitamente, por añadidura.

Pero, ¿qué es la felicidad?, para Aristóteles la felicidad es “una actividad del alma de acuerdo con la virtud”.⁵

Es una acción, que otorga a los que la hacen bien, el premio de la felicidad. El filósofo da el ejemplo de los juegos olímpicos, la corona se otorga a los que compiten, no al más fuerte o al más bello.

Estas acciones hechas de acuerdo con la virtud son por sí mismas agradables. Las cosas justas son agradables y placenteras para el que procura la justicia, lo mismo que las cosas conformes a la virtud para el que ama la virtud.

Para el que camina por la senda de la virtud, no es necesario buscar el placer como una cosa agregada, porque está de una forma natural en las mismas cosas que desea.

Por ello Aristóteles dice en su ética que “lo mejor, lo más hermoso y lo más agradable es la felicidad”.⁶

Es interesante la cuestión de si la felicidad sobreviene por algún designio divino e incluso por la suerte. En esto Aristóteles nos dice que “si alguna cosa es un don de los dioses a los hombres, es razonable que también lo sea la felicidad y tanto más cuanto que es la mejor de las cosas humanas”.⁷

⁴ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, edición bilingüe y traducción a cargo de María Araujo y Julián Marías, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1981. (I 5, 1096 a)

⁵ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, edición bilingüe y traducción a cargo de María Araujo y Julián Marías, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1981. (I 9, 1100 a)

⁶ Aristoteles, (I 8 1099 a)

⁷ Aristoteles, (I 9 1100 a)

Es decir, parecería que la felicidad se otorga como gracia, al que procura transitar por un camino de perfección.

Hasta aquí hemos dicho que: a) la felicidad es el fin último de la acción, b) existe un ligamen inescindible entre virtud y la felicidad, c) la virtud da como fruto la felicidad, no se la puede capturar de modo instrumental.

La felicidad no es una realidad estática, es algo dinámico que llega como efecto indirecto es un premio para una vida virtuosa. Martha Nussbaum, estudiosa de Aristóteles y ensayista en temas sociales, dice que la palabra *eudaimonía* significaría hoy el gozar de una vida feliz, y la felicidad es como el florecimiento de la vida, una vida activa que incluye todo aquello que tiene un valor intrínseco y es completa, no le falta nada.

En contraste con esta visión antigua, la economía contemporánea es “fundamentalmente distinta de la ética”⁸, y su teoría es “en principio independiente de cualquier precisión sobre la ética”⁹. Complementariamente ve los recursos naturales como escasos y limitados, y desde Darwin y Malthus sobrevuela un pesimismo sobre el futuro, que no obstante haber sido siempre desmentido por los hechos, traslada una responsabilidad que termina agobiando a las personas. Por ejemplo, últimamente se insiste sobre el daño para el ambiente que es la emisión de anhídrido carbónico, siendo que es el hombre un importante emisor, equivalente a 0,4 ton por año y por persona. No necesito resaltar el matiz maltusiano de esta campaña.

A mediados del siglo XVI el filósofo Thomas Hobbes (1588-1679), introduce el pesimismo social y produce un giro antropológico que domina gran parte del pensamiento político contemporáneo e influye en la economía. El hombre se incorpora a la sociedad no por una necesidad de su naturaleza sino por la utilidad que le brinda la vida social, al protegerlo de la amenaza de su vida por sus semejantes. La sociedad es fruto de un pacto artificial que evita la matanza entre los hombres garantizado por un Estado Leviatán impersonal. El concepto de bien común se reemplaza por el de interés comunes. En ese marco, “la felicidad es el avance del deseo de un objeto a otro en que el obtener un objeto es solo el medio para conseguir un segundo objeto”.¹⁰

⁸ Robbins L, *An essay of the nature and significance of economic science*, London: Macmillan 1935 p. 135

⁹ Friedman Milton, *Essays in Positive Economics*, Chicago 1953, p.4

¹⁰ Zamagni Stefano, *Avarizia*, Il Mulino, Bologna, 2009, p.86.

Otro pesimista, Bertrand de Mandeville completa el círculo y abre la puerta a la justificación del egoísmo individual como motor de la sociedad. En la “fabula de las abejas” (1714), se describe una sociedad de abejas que gracias a la avaricia y el egoísmo reinante viven en el bienestar y la abundancia y cuando esta conducta se rectifica y priman las virtudes morales, la sociedad decae.

En 1776 Adam Smith publica la “Riqueza de las Naciones” y demuestra cómo es posible la vida social aun en presencia del egoísmo individual y sin un Leviatán que oprima la libertad.

Esto es posible porque el mercado libre tiene la capacidad de orientar los vicios privados (la avaricia, o el egoísmo individual) en virtudes públicas. El teorema de la mano invisible demuestra que el individuo siguiendo su egoísmo individual sirve a los intereses propios de la comunidad.

En defensa de Smith se ha escrito mucho, porque él es parte de una corriente escocesa del sentido moral, con Hume, Ferguson y Hutchinson principalmente, que sostienen que el hombre tiene una natural benevolencia y simpatía hacia sus semejantes y esto modera y tempera la vida social. Además, el concepto de egoísmo a veces se lo interpreta como intereses individuales con una connotación más amplia.

Con la difusión de la posición según la cual el sujeto económico es un ser auto interesado y competitivo, da paso a la idea que la motivación de la acción humana, surgía del deseo de obtener placer y de evitar el dolor.

Jeremías Bentham (1748- 1832) es el profeta de esta corriente llamada utilitaria, cuyo paradigma es el de seguir el placer y evitar el dolor. La moral es el llamado utilitarismo, que justifica la acción por el resultado obtenido, e identifica la idea de felicidad a la de placer, elegido de acuerdo a las preferencias individuales.

Las preferencias individuales son subjetivas y nadie puede juzgarlas. Gary Becker, premio Nobel y miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales decía en un artículo que tituló con un adagio medieval, *de gustibus non est disputandum*, que las preferencias son subjetivas y no pueden ser juzgadas ni evaluadas moralmente, como sostiene el utilitarismo.

Un concepto que expresa esta visión utilitarista en el idioma inglés es la del reemplazo de la concepción clásica de felicidad por la de *happiness*, que expresa una euforia temporaria, una sensación placentera, o el placer en

toda la línea. De ahí la justa precisión de Komar, de ver en la economía la ciencia de la felicidad del sensismo inglés.

Para la economía ser considerada una «ciencia de la felicidad» ha sido particularmente nocivo. En primer lugar, le quita una importante cuota de realismo y favorece la evasión de la reflexión sobre los temas importantes. En segundo término, el público y los políticos le demandan una cosa que la economía no puede dar. También favorece el escapismo de las verdaderas soluciones que pasan por esfuerzos o sacrificios que la gente no quiere hacer. ¿Cómo la ciencia de la felicidad va a recomendar ajustes? ¹¹.

Finalmente, la felicidad termina asociada con el crecimiento, el consumo, la producción y la acumulación indefinida, que es un subproducto de la avaricia. Komar llama al deseo de acumulación indefinida un *Ersatz*. “El deseo desordenado de los bienes materiales es siempre un sustituto, lo que en la terminología alemana psicológica y social se llama *Ersatz*. Los bienes materiales no interesan de por sí, sino sustitutivamente. La necesidad suele no ser de la misma naturaleza que la del bien buscado, por lo que dicho bien nunca satisface plenamente.” ¹²

4.- El vacío que no se puede llenar

Komar sigue a Santo Tomás e interpreta a la codicia o avaricia, como un deseo insaciable por su misma naturaleza. El sujeto busca la plenitud interior, la felicidad, y por la avaricia reemplaza el llamado del corazón, por la acumulación de bienes materiales, o dinero.

La pulsión acumulativa se hace insaciable porque lejos de calmarse se retroalimenta. El avaro antiguo, digamos el usurero Shylock creación de Shakespeare guardaba en cofres, tesoros o baúles su riqueza de oro o plata. El dinero fiduciario lleva a la desmaterialización de la riqueza, que se vuelve sólo un número en una anotación digital.

Los bienes concretos, reales, es decir casas, autos, servicios están limitados por el tiempo requerido para su uso. Nadie puede, ni siquiera el avaro, prolongar la vida ni estirar las horas del día necesarios para el consumo. Por

¹¹ La palabra ajuste está prohibida en el marco político cultural argentino.

¹² Komar, Emilio, *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2015, p.8.

ello cualquier persona con sentido común, comprende que pretender el crecimiento o el consumo indefinido en un mundo finito, no solo es problemático es contradictorio.

Siendo imposible el consumo ilimitado, en algún punto la avaricia muta en un deseo de mayor poder, de dominio, y la economía material se hace instrumento para alimentar la ambición de poder. Para Santo Tomás la avaricia es un vicio capital que está en el origen de otros vicios. “El dinero, aunque tenga razón de útil, puesto que tiene razón de universal, debido a que el dinero sirve para todo, como se dice en Eclesiástico X,19 tiene cierta semejanza con la felicidad: por lo que, según esto, la avaricia es un vicio capital, como se ha dicho”.¹³

Komar explica la peculiar condición de la avaricia fundándose en Santo Tomás. En una de las cuestiones disputadas el Santo demuestra que tanto el pecado contra el Espíritu Santo, como la avaricia son incurables. El primero porque “se elige el pecado porque es apetecible de suyo”¹⁴, no por accidente, pasión o debilidad, y la avaricia es incurable por la condición del sujeto. Puesto que por el pecado “la vida humana tiende a ser defectuosa. Y todo defecto es una incitación a la avaricia puesto que por esto se buscan los bienes temporales, a fin de remediar los defectos de la presente vida”.¹⁵

Pero como no se aceptan que los defectos de la presente vida no se puedan remediar, se estimula la producción material no comprendiendo que el “el camino que lleva a la plenitud, a la libertad y a la verdadera riqueza de los hombres, se abre en dirección opuesta: el espíritu de pobreza”.¹⁶

Gabriel Marcel hablaba de la distinción entre ser y tener y Horkheimer señalaba que el nivel de vida hoy es materialmente considerable y humanamente insignificante.

La idea no es precisamente nueva, Schumacher la trató extensamente en los 60, sin embargo, hoy parece más popular predicar la necesidad de cambiar o reformar la organización de la economía, que predicar el espíritu de pobreza.¹⁷

¹³ *De Malo*, 13, 2, respuesta al 2 argumento.

¹⁴ *De Malo*, 13,2 ad 8.

¹⁵ *De Malo*, 13, 2 ad 8.

¹⁶ Komar, Emilio, *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2015, p.7.

¹⁷ Videla, Ludovico,” Schumacher un profeta olvidado”, *Revista Empresa y Humanismo*, Vol. IV, N°2/01, pp.407-420.

¿Qué es el espíritu de pobreza? En el texto que comentamos Komar describe algunas notas que contribuyen a cimentar ese espíritu.

5.-El espíritu de pobreza

El mundo sufre un creciente desasosiego. Las naciones líderes mundiales no logran superar las tendencias deflacionarias. China que era una suerte de locomotora del crecimiento se frenó porque el gasto de inversión en infraestructura y las inversiones privadas, no pueden seguir financiándose con deuda. En una alta proporción de los países avanzados la deuda pública supera el valor del producto interno. El desasosiego creciente responde a la conciencia de que los estados de bienestar comienzan a flaquear. La receta que ofrecía Komar para este síndrome, es promover el espíritu de pobreza

Así como Adam Smith sostenía que el egoísmo individual a través de la mano invisible resultaba en un beneficio social, podríamos decir que la profundización del espíritu de pobreza y la perfección personal que ello implica, asegura la solución de los problemas sociales. Es posible afirmar que todos los «grandes proyectos sociales», los «planes quinquenales», los «cambios de sistema», las «revoluciones y grandes transformaciones» no son nada, al lado del efecto en la sociedad de la difusión del espíritu de pobreza.

Komar decía que nada más sociógeno que la perfección de la persona. “La interioridad siempre tiene proyección social”. “Es imposible que perfección personal no repercuta socialmente cuando es auténtica”.¹⁸

El espíritu de pobreza se adquiere cuando buscamos vivir en forma desprendida y agradecida por todo lo que hemos recibido y recibimos continuamente. Es lo opuesto al espíritu de posesividad. Si aceptamos que Dios es creador, que hay un orden creado, la abundancia de la realidad se abrirá para nosotros y los temores malthusianos desaparecerán.

Si aceptamos que Dios es el Señor de todo, el mundo está en sus manos, incluso el clima, el ambiente y la temperatura, que evolucionará al servicio de los hombres, porque como dice el Señor, todo ha sido hecho para nuestro bien.

¹⁸ Komar, Op. cit. p. 20

También tendríamos confianza que detrás de la naturaleza material hay luz sentido y orden. Esa luz nos hace ver que lo personal es superior a lo material y que la persona se perfecciona al crecer en lo espiritual. Nos dice Komar: “toda cosa real contemplada en espíritu de pobreza nos puede llevar a Dios”.¹⁹ Esto cimentaría nuestra esperanza y confianza y fortalecería la sociedad.

La eutanasia de Dios en nuestras vidas ha matado también el sentido de la creación. Todo se ha convertido en material manipulable, con lo que las cosas han perdido su hondura y nos hemos condenado a la chatura y al vacío, la chatura nos genera indiferencia y aburrimiento. *La indiferencia y el aburrimiento significan la muerte*, y como el hombre huye de la indiferencia y de la muerte, busca los excitantes. La nuestra es la era del alcohol y los estimulantes, de la pornografía y el desorden sexual, para huir del aburrimiento. Este escapismo es una quimera porque lejos de alcanzar una satisfacción intensa y permanente, las sensaciones son cada vez más breves y exiguas.

La aceptación de la Creación nos abre la puerta a la gracia, el don y la abundancia de la realidad. El don y la reciprocidad nos saca del esquema contractual del *do ut des*, que es el intercambio de equivalentes propio del mundo comercial. La relación comercial es muy útil para una esfera de la vida, pero reemplaza la relación personal por una impersonal. Los vínculos humanos se debilitan cuando predominan las relaciones comerciales impersonales. Una sociedad sin vínculos se hace afectivamente fría e individualista y lleva a la exacerbación de la tendencia a la acumulación y a la avaricia, para reemplazar estas carencias humanas.

El diagnóstico es conocido, Komar lo describía en 1973, la solución es reconocer como nos propone Jesús que todo lo hemos recibido – “Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis” (Mat. 10. 8)-.

El Papa Benedicto decía en 2009, “la gratuidad está en su vida de muchas maneras, aunque frecuentemente pasa desapercibida debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad”. Y más adelante manifiesta que “el ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente. A veces el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí

¹⁹ Komar, Op. cit. p. 44

mismo, que procede – por decirlo con una expresión creyente- del pecado de los orígenes”.²⁰

Evidentemente las expresiones de Komar y Benedicto XVI coinciden en que la gratuidad y el don de son el preámbulo de la esperanza. La esperanza cristiana es la que nos permite vivir en espíritu de pobreza esperando el don gratuito de Dios, que es la felicidad.

“Creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social. Además, la exigencia de la economía de ser autónoma, de no estar sujeta a <injerencias> de carácter moral, ha llevado al hombre a abusar de los instrumentos económicos incluso de manera destructiva. Con el pasar del tiempo, estas posturas han desembocado en sistemas económicos, sociales y políticos que han tiranizado la libertad de la persona y de los organismos sociales y que, precisamente por eso, no han sido capaces de asegurar la justicia que prometían”.²¹

Sin duda es el mercado el instrumento más eficaz que permite el encuentro de las personas y el desarrollo de los contratos y las relaciones. Pero para funcionar adecuadamente se requiere la confianza recíproca que el mercado no puede dar. Más aún si ella no existe no hay cohesión social y el mercado no puede cumplir adecuadamente su función. “Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica.”²²

El medio ambiente también está alcanzado por el mismo dilema. La naturaleza es un don del Creador que ha diseñado sus estructuras intrínsecas para que el hombre descubra las leyes que debe seguir para cultivarla y obtener sus frutos. Pero debe rechazarse la concepción pagana de la madre Gaya y otras corrientes que son contrarias al desarrollo. “Pero se ha de subrayar que es contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que la persona humana. Esta postura conduce a actitudes neopaganas o de nuevo panteísmo: la salvación (yo

²⁰ *Caritas in veritate*, n°34

²¹ *Caritas in veritate*, n°34

²² *Caritas in veritate* n° 35.

agregaría y la felicidad) del hombre no pueden venir únicamente de la naturaleza, en sentido puramente naturalista”.²³

6. Conclusión

Decía en la introducción que mi propósito en este artículo es estimular la lectura del libro de Komar, sobre el espíritu de pobreza. El desarrollo que el hizo en 1973, que estaba relacionado con las corrientes filosóficas del momento, no ha variado mucho, tal vez se han esclarecido más las consecuencias de muchas de las posturas filosóficas descritas por Komar.

He incorporado también algunas reflexiones sobre el desarrollo, hechas por Benedicto XVI en su documento del año 2009. Las meditaciones del entonces Sumo Pontífice, me parece que van en una línea muy semejante, en este tema que las de Komar.

La conclusión es muy sencilla, hay que recuperar el espíritu de pobreza, que no es el pobrismo o la exaltación de las villas miserias, sino que es el perfeccionamiento humano y por índole espiritual. El espíritu de pobreza no es privarse de los bienes materiales sino buscar y acrecentar un espíritu de desprendimiento y confianza en la Providencia, un espíritu de don y de gratuidad.

Los problemas humanos no podrán nunca resolverse sólo con beneficios materiales, el pecado y el mal nos acompañarán siempre, por eso un auténtico espíritu de pobreza nos libraré de caer en la tentación utópica y falsa, del paraíso en la tierra. Busquemos la verdad y lo demás se dará por añadidura.

²³ *Caritas in veritate* n°48.

